

mano no es una serie de círculos uniformes, sino una línea que se prolonga indefinidamente, y en la que cada uno de los puntos que la componen se liga con el precedente y con el subsiguiente.

En la doctrina de los *ricorsi* no hay historia posible, porque falta el desenvolvimiento; hay simplemente un cuadro que se reproduce sin cesar. Los pueblos se suceden sin que haya entre ellos lazo ni relación. Esta concepción falsa vicia hasta la historia particular de cada pueblo. Vico manifiesta su predilección por la antigüedad, y especialmente por Roma. Nada más natural en un italiano. Pero esta predilección, unida al sistema de los *ricorsi*, conduce a una verdadera caricatura de la historia moderna. Vico no va más allá de la Edad Media; lo que dice de la época que siguió a la caída del imperio y de la decadencia de la antigüedad es puramente imaginario. Descubre innumerables relaciones entre los tiempos bárbaros de la antigüedad y la época feudal. Es necesario que la historia moderna se abra con una edad divina; así lo quiere la ley de los *retrocesos*. En la antigüedad, en Roma, los reyes ejercían las funciones del sacerdote. En la Edad Media también, dice Vico, los reyes católicos, protectores de la religión, revestían las vestiduras de diácono, consagraban al Señor sus reales personas y tenían dignidades eclesiásticas (1). Tan persuadido está el filósofo italiano de que los reyes feudales eran sacerdotes, que olvida al papa y la diferencia marcadísima que el catolicismo establece entre clérigos y legos. Si, en vez de encerrarse en la Roma antigua, hubiese leído los concilios y los doctores católicos, habría visto que los reyes estaban sometidos a los sacerdotes, como el rebaño a su pastor; habría notado en las cartas de los papas la insultante comparación entre el emperador y el soberano pontífice, el uno imagen de la humilde luna, el otro del deslumbrante sol. La realidad de la historia nada tiene de común con el sistema que Vico le impone. Tal es el peligro de las fórmulas en que se quiere aprisionar la vida tan variada, tan rica, tan infinita de la humanidad.

Detengámonos un instante todavía sobre el sistema de Vico, aunque no sea más que para inspirar a los historiadores repugnancia de las ideas sistemáticas. A la edad divina o teocrática sucedió

(1) Vico, *Scienza nuova*, lib. v, c. 1.

la heroica, que reprodujo, según Vico, el heroísmo antiguo. Los caballeros pueden pasar por los héroes de los tiempos feudales. Pero dejando la superficie de las cosas para penetrar en las profundidades del genio germánico, se ve que hay un abismo entre los héroes de Homero y los caballeros. En otra parte hemos señalado la diferencia (1). Los Germanos traen a la humanidad un principio desconocido de los antiguos, el de la individualidad del hombre; traen un sentimiento desconocido de los antiguos, el culto de la mujer, é inauguran con estos elementos una nueva era de la civilización. Según Vico, nada hay nuevo bajo el sol. La historia nos dice que el feudalismo es originario de los bosques de la Germania: la historia se engaña. Los feudos reproducen la clientela romana; el derecho feudal no fué introducido por los Bárbaros; es el más antiguo de los derechos. Vico encuentra ya el vasallaje en Homero (2), y gracias a la ley de los *ricorsi*, el feudalismo renacerá un día, tal como existiera en los tiempos heroicos de Grecia, en Roma, ó en la Edad Media, ¿qué digo? aún estamos regidos por el derecho feudal. En efecto, el autor de la *Scienza nuova* nos enseña que el derecho romano procede de los feudos (3), y ese derecho es aún el nuestro en materia de propiedad. Aquí, la ley de los *retrocesos* se torna en una verdadera parodia: ¿quién ignora que hay una diferencia radical entre la propiedad feudal y la propiedad romana?

No, en la historia no hay *retrocesos*; jamás se reproducen las mismas instituciones, como no se reproducen los mismos sentimientos, ni las mismas ideas. Lo que ha engañado a Vico es que las naciones tienen una *naturaleza común*, de donde deduce que hay identidad de sustancia en la historia; y tan orgulloso se muestra de esta pretendida verdad, que por sí sola la cree digna de justificar el título orgulloso de *Ciencia nueva* que da a su obra. Esta nueva ciencia es una *historia ideal* de las leyes eternas a que obedecen todas las naciones en sus principios y en su progreso, en su decadencia y su fin, y que seguirán siempre, aún cuando nazcan sucesivamente mundos infinitos en la eternidad (4). Hay en estas entusiastas frases

(1) Véase la parte séptima de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

(2) VICO, de *Universi juris principio* (*Opere*, t. III, p. 133, 134).

(3) VICO, de *Universi juris principio*, § 129, p. 66.

(4) VICO, *Scienza nuova*, lib. v, c. III.

de que no escribió una teoría filosófica; esta es una gloria más: ese luminoso genio tenía horror a los sistemas; algo mejor hizo: realizar la ciencia nueva en sus obras, cuando Vico había ensayado en vano formular sus leyes. En lugar de proceder, como sus predecesores, por una doctrina para imponerla en seguida a los hechos, comprendió, con su maravilloso buen sentido, que la doctrina debía brotar naturalmente de los hechos. Requeríase ante todo un estudio completo de éstos, única base sólida de una filosofía de la historia. Hasta Voltaire, la historia había sido incompleta, sin pasar de la política y de la religión; las costumbres, las letras, la filosofía sobre todo, estaban de ella excluidas. Voltaire fué el primero que abrazó todos los elementos que reflejan la vida de la humanidad (1).

Con gusto nos asociamos al elogio de ese maravilloso genio que encanta siempre y que instruye más de lo que se piensa, porque emancipa la razón de las preocupaciones del pasado. Pero ¿no ha ido más allá del objeto en su reacción contra la superstición católica? Todo lo que se llama milagro ó sobrenatural le era tan antipático, que le repugna admitir un gobierno providencial de las cosas humanas. Ciertamente hizo bien en desterrar el milagro de la historia; mas de que el gobierno providencial no sea milagroso ¿ha de deducirse que no hay gobierno providencial? De que el cristianismo tradicional dé una falsa idea de la Providencia y de su acción ¿ha de inducirse que no hay Providencia? ¿Cosa singular! los incrédulos invocaban también los absurdos y los extravíos de la religión cristiana para negar a Dios; ¿qué les respondía Voltaire? Aborrezcamos la superstición, pero mantengamos la adoración de Dios. Los incrédulos insistían diciendo que de adorar a Dios se corría el peligro de caer bien pronto en la superstición y el fanatismo. Voltaire replicaba que no era menos de temer, al negar a Dios, quedar abandonados a las pasiones más atroces y a los crímenes más horribles, concluyendo que si no hubiese Dios, sería preciso inventarle (2).

¿Cómo entonces Voltaire, que defendía con tal energía la idea de Dios contra los incrédulos, ha negado el gobierno providencial? Hace más que

### § III.—El fatalismo del azar.

#### N.º 1.—El ciego azar.—Voltaire.

Voltaire es también celebrado como el verdadero creador de la filosofía de la historia, a pesar

(1) MICHELET, *Discurso sobre el sistema y la vida de Vico*.

(2) VICO, *Opere*, t. I, p. 162, 167; t. V, p. VIII y IX.

de que no escribió una teoría filosófica; esta es una gloria más: ese luminoso genio tenía horror a los sistemas; algo mejor hizo: realizar la ciencia nueva en sus obras, cuando Vico había ensayado en vano formular sus leyes. En lugar de proceder, como sus predecesores, por una doctrina para imponerla en seguida a los hechos, comprendió, con su maravilloso buen sentido, que la doctrina debía brotar naturalmente de los hechos. Requeríase ante todo un estudio completo de éstos, única base sólida de una filosofía de la historia. Hasta Voltaire, la historia había sido incompleta, sin pasar de la política y de la religión; las costumbres, las letras, la filosofía sobre todo, estaban de ella excluidas. Voltaire fué el primero que abrazó todos los elementos que reflejan la vida de la humanidad (1).

Con gusto nos asociamos al elogio de ese maravilloso genio que encanta siempre y que instruye más de lo que se piensa, porque emancipa la razón de las preocupaciones del pasado. Pero ¿no ha ido más allá del objeto en su reacción contra la superstición católica? Todo lo que se llama milagro ó sobrenatural le era tan antipático, que le repugna admitir un gobierno providencial de las cosas humanas. Ciertamente hizo bien en desterrar el milagro de la historia; mas de que el gobierno providencial no sea milagroso ¿ha de deducirse que no hay gobierno providencial? De que el cristianismo tradicional dé una falsa idea de la Providencia y de su acción ¿ha de inducirse que no hay Providencia? ¿Cosa singular! los incrédulos invocaban también los absurdos y los extravíos de la religión cristiana para negar a Dios; ¿qué les respondía Voltaire? Aborrezcamos la superstición, pero mantengamos la adoración de Dios. Los incrédulos insistían diciendo que de adorar a Dios se corría el peligro de caer bien pronto en la superstición y el fanatismo. Voltaire replicaba que no era menos de temer, al negar a Dios, quedar abandonados a las pasiones más atroces y a los crímenes más horribles, concluyendo que si no hubiese Dios, sería preciso inventarle (2).

¿Cómo entonces Voltaire, que defendía con tal energía la idea de Dios contra los incrédulos, ha negado el gobierno providencial? Hace más que

(1) LANFREY, *la Iglesia y los filósofos en el siglo XVIII*, página 165.

(2) Véase la parte duodécima de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

negarlo, se burla de él. Hablando de los orígenes del cristianismo, dice: "Nada más digno de nuestra curiosidad que la manera cómo Dios quiso que se estableciera la Iglesia, haciendo concurrir las causas segundas á sus decretos eternos. Dejemos respetuosamente lo que es divino á los que se tienen por sus depositarios, y atengámonos exclusivamente á lo histórico," (1). Brota la ironía en cada palabra de esta sátira. Voltaire habla del concurso de las causas segundas y de los decretos eternos de Dios. Hé aquí precisamente lo que llamamos gobierno providencial; ¿qué opina Voltaire? Sólo ve en él un objeto de curiosidad; de haberlo admitido, hubiese dicho que la certidumbre de la intervención de Dios en nuestros destinos que nos da la historia es para nosotros una fuerza y un consuelo. Pero ¿cree verdaderamente Voltaire en una acción particular de la Providencia? Abandona respetuosamente todo lo que es divino en la historia á los que se tienen por sus depositarios; ¿quiénes son los que se dicen guardadores del depósito divino? La Iglesia. Sabido es el respeto que Voltaire profesaba á la infame, que se había propuesto destruir. Si le había dejado lo divino, era para procurarse contra ella un arma de combate.

Algunas veces, sin embargo, mitad en serio, mitad en broma, habla Voltaire de un gobierno de la Providencia. Uno de esos folletistas liliputienses que osaban atacar al gigante de Ferney le acusó de haber dicho que la Providencia envía el hambre y la peste sobre la tierra. Voltaire tomó la defensa del piadoso abate Basin, su pseudónimo: "¿Cómo! impío, exclama, ¿te atreves á negarlo? ¿Pues de dónde vienen las plagas que nos afligen y los castigos que nos hieren? ¿Dime quién es el dueño de la vida y de la muerte? ¿Dime quién dejó á David la elección entre la peste, la guerra y el hambre?," Aquí ya lo serio cede el puesto á la chanza. Desde que Voltaire habla de la Biblia, es, con toda seguridad, para burlarse de ella. Luego añade: "¿No hizo Dios perecer á setenta mil Judíos en un cuarto de hora, y no puso ese freno á la falsa política del hijo de Jessé, que pretendía conocer á fondo la población de su país?," Hé aquí ridiculizada la justicia del Dios de la Biblia. ¿No tienen los reyes interés en conocer el número de sus vasallos? ¿Castigará Dios, al mismo tiempo que á los que se proponen

(1) VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, c. VIII.

contarlos por el censo, á los vasallos, condenándolos á muerte por millares? Voltaire prosigue sobre el mismo tono: "¿No castiga Dios con una muerte súbita á cincuenta mil setenta Betsamitas que habían osado mirar el Arca Santa?," Este castigo terrible, comparado con la nimiedad del delito, sólo sirve para ridiculizar la justicia divina. La burla es tan sangrienta que podría dudarse si Voltaire creía en una justicia de Dios. Sin embargo, jamás separaba las ideas de Dios y de justicia, y hasta puede decirse que sólo creía en Dios por una necesidad de justicia. Así parece hablar seriamente cuando termina la *Defensa de su tío* con estas palabras: "¿Qué digo! No cae un solo cabello de nuestras cabezas sin orden del Soberano de las cosas y de los tiempos. La Providencia todo lo hace, Providencia tan pronto terrible como favorable, ante la cual es fuerza prosternarse lo mismo en la gloria que en el oprobio. Así pensaba mi tío, así piensan todos los sabios," (1).

¿Creía Voltaire que la Providencia lo hace todo? Pudiera suponerse que sí en vista de las líneas que acabamos de transcribir. En realidad, tenía una fe profunda en la justicia de Dios; pero no podía creer en un Dios que lo hace todo, á ménos de aceptar dogmas que sin tregua combatía. Decir que Dios lo hace todo equivale á decir que su gracia inspira y conduce lo mismo á los individuos que á los pueblos. ¿Creía Voltaire en la gracia? ¿Creía en ese lazo íntimo é indisoluble que une el hombre á Dios? No, ciertamente. Sin embargo, la justicia de Dios, que contra los incrédulos defiende, implica también un gobierno providencial, porque aquélla no se concibe sino como una educación divina, y la idea de educación es idéntica á la de Providencia. Hay una como lucha intestina en Voltaire: defensor á todo trance del dogma de Dios, se vea arrastrado por la lógica de las ideas á admitir una justicia divina, y, por tanto, una Providencia divina; pero retrocedió ante las últimas consecuencias por temor de caer en las supersticiones cristianas. No consideraba que se debía hacer respecto al gobierno providencial lo que él mismo había hecho respecto á la noción de Dios: despojarle de las supersticiones que le oscurecían y le ponían en duda. Voltaire no llegó á ese extremo, hartó empeñado como se en-

(1) VOLTAIRE, *la Defensa de mi tío*, c. 1 (*Obras*, t. XXIV, página 254).

contraba en la guerra contra el cristianismo para mantener uno de sus dogmas.

Es verdad que en sus obras históricas la Providencia no desempeña ningún papel. Cuando habla de ella es para rechazarla con tono burlesco: "Nosotros sólo consideramos, dice, las causas segundas, sin levantar miradas profanas hasta la Providencia que las dirige," (1). Pero ¿á qué se reducen estas causas segundas cuando se hace abstracción de la Providencia? Voltaire se ve arrastrado á un fatalismo fútil. En su *Introducción al Ensayo sobre las costumbres*, exclama: "¿No hay visiblemente un destino que produce la grandeza y la ruina de los Estados?," (2). ¿Cuál es este destino tan visible que fuera preciso cerrar los ojos para no verle? ¿Acaso la mano de Dios? Voltaire se guarda bien de decirlo. Mas si se destierra á Dios de la historia, no queda más que el fatalismo del azar. Á esto se reduce, fuerza es confesarlo, la filosofía de Voltaire. En su *Siglo de Luis XV* escribe estas desconsoladoras frases: "que una fatalidad ciega rige los asuntos del mundo," (3). Y en su *Ensayo sobre las costumbres* se complace en relacionar los grandes acontecimientos con causas tan pequeñas y baladíes, que el lector se ve forzado á creer en el imperio de un azar ciego.

Las cruzadas son uno de los grandes acontecimientos de la historia. De no ver en ellas la mano de Dios, hay que atribuirles á la locura. Esto es lo que hace Voltaire. Preguntadle cuáles fueron las causas de esa nueva emigración de pueblos, y responderá que "un peregrino de Amiens suscitó las cruzadas," y se fija en ese pobre peregrino para ridiculizarle. "Su nombre era Coucoupêtre ó Cucupière. Este Picardo, que partió de Amiens en peregrinación á la Arabia, fué causa de que el Occidente se armara contra el Oriente y de que millones de Europeos pereciesen en Asia. ¡Así es como se encadenan los acontecimientos del universo!," (4). ¡Triste máxima y triste filosofía de la historia! Si millones de hombres perecieron sólo porque un Picardo hizo un viaje á la Arabia, es fuerza deplorar la miserable condición de los hombres. ¿No sería preferible la nada á semejante fatalismo?

(1) VOLTAIRE, *Diccionario filosófico*, en la palabra *Climat*.

(2) VOLTAIRE, *Introducción al Ensayo sobre las costumbres*, número LI.

(3) VOLTAIRE, *Siglo de Luis XV*, c. 1.

(4) VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, c. LIV.

La Reforma es un acontecimiento más considerable que las cruzadas, porque se liga directamente al destino religioso de la humanidad. ¿Cuál fué la causa de una revolución que trastornó á la Europa, que puso término á la dominación del papado y que preparó una nueva religión ó un nuevo desenvolvimiento del cristianismo? Voltaire atribuye el origen de la Reforma á una querrela de monjes. Leon X creyó conveniente vender el cielo para llenar su tesoro: excelente especulación sobre la estupidez humana. Voltaire cuenta que los vendedores tenían su mostrador en las tabernas, y que los predicadores pregonaban desde el púlpito que aún cuando se violara á la Santísima Virgen, se podría obtener la absolución comprando indulgencias. El pueblo escuchaba con devoción estas palabras, añade el gran mofador; pero, por desgracia, el papa juzgó conveniente dar á los dominicanos la contrata de tan preciosa mercancía. Los Agustinos, que la habían utilizado durante mucho tiempo, sintieron celos. "Estos pequeños intereses de monjes, en un rincón de la Sajonia, produjeron más de cien años de discordias, de fueros y de infortunios en treinta naciones," (1).

¡Espectáculo consolador para el género humano! Resta saber por qué los príncipes y los pueblos se asociaron á una querrela de monjes. La razón no es ménos edificante. Pregúntase quién separó de la comunión romana el Norte de Alemania, la Dinamarca, las tres cuartas partes de la Suiza, la Holanda, la Inglaterra, la Escocia y la Irlanda. Voltaire responde: la pobreza. "Vendíanse muy caras las indulgencias y la libertad del purgatorio á almas cuyos cuerpos tenían por entonces poco dinero, y buscaron una religión más barata," (2). La Inglaterra se ha enriquecido después: es de esperar, por tanto, que vuelva al seno de su Santa Madre la Iglesia. ¿Qué gana la historia, nos preguntamos, despojándola de la intervención de Dios? Si sólo se tratara de las mil calamidades que han atormentado á nuestros predecesores, bien podríamos consolarnos y hasta reírnos. Pero, á nuestra vez, sufrimos las mismas desgracias: la sangre y las lágrimas siguen corriendo en el mundo; ¿qué deben pensar los hombres acerca de su destino, si la historia les enseña que depende de una que-

(1) VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, c. CXXVII.

(2) VOLTAIRE, *Diccionario filosófico*, en la palabra *Climat*.